

SERMON PANEGÍRICO

SOBRE

LA MUERTE DE MARÍA SANTÍSIMA.

Ipsa conteret caput tuum.

Ella estrellará tu cabeza.

(GÉNESIS, cap. v.)

Si alguna vez el cristiano tiene motivos para entregarse francamente á todos los trasportes de la alegría, es al contemplar con mirada viva y penetrante el resultado feliz que tuviera la vida mortal de la Reina del cielo. En todos los otros pasos del curso mortal de esta augusta criatura, que tan íntima conexión tienen con los del Dios humanado, el corazón creyente se ve alternativamente afectado de admiración, de tristeza, de júbilo, de sentimiento, de placer, de compasión, y hasta de una tristeza que hace derramar lágrimas al encontrarse en espíritu en presencia de hechos portentosos, que no pueden menos de conmoverlo, ora considere al Dios que desciende del cielo, ora lo considere enseñando al pueblo, ora lo contemple en el patíbulo, pues en todas estas escenas hay virtudes que asombran, maravillas que embargan la inteligencia, beneficios que excitan nuestra simpatía, dolores y padecimientos que derriten nuestro corazón. Pero al detener la consideración en la conclusión del curso mortal de María, no hay en el alma más que un afecto y un sentimiento: el gozo; porque no ve sino

virtudes coronadas, trabajos premiados, glorias inconcebibles, triunfos inimitables. Ve... ¡oh grandeza de la humanidad! ve que el cuerpo de una pura criatura es elevado en trono de irradiosas nubes, sostenidas de mil serafines, hasta llegar á lo más encumbrado del cielo, sentándose á la diestra del Hijo de Dios. Ve que entre miles de coronas que han de ceñir la régia frente de María, hay una que no adorna sus sienes sino para premiar su continua mediación, con que hace que Dios mire propicio á los hombres. Ve... ¡oh! y ¿quién puede explicar con el tardo acento humano las maravillas que comprende el espíritu elevado por los sublimes vuelos de la fé? Ve á Dios levantarse de su trono, á los ángeles conmoverse y disponerse en orden para marchar á recibir á su Reina; ve abrirse las puertas de esmeralda y zafiro, y coronarse los muros de la celeste Sion, oyendo las melodías de innumerables ángeles, que en arpas de oro entonan himnos á la triunfadora de la muerte; ve... ¡ah! el débil ojo mortal no puede contemplar lo que pasa más allá de los altos muros de la Jerusalem del cielo. Baste contemplar las escenas ocurridas en la tierra el día del triunfo de María; ello sólo, bien mirado, es capaz de causar los más profundos éxtasis de alegría, pues vemos garantizado el triunfo de los hijos en el de la Madre.

Sí, señores; ántes de subir María en cuerpo y alma á la esplendente region celestial, ha puesto su ligera planta sobre la erguida cerviz de la muerte, la ha hollado, la ha estrellado, y, como Reina del mundo, ha penetrado en su cavernoso imperio, no llevada á Él por la mísera parca, sino acompañada en triunfante marcha por sus ángeles, para intimar á la enemiga de los hombres que ningún imperio tenía sobre ella ni por un instante, ni lo tendría tampoco por mucho tiempo sobre sus hijos. Si el espíritu quiere contristarse al ver que María, ántes de ser asunta en cuerpo y alma hasta la etérea region, es encer-

rada por tres días en la lóbrega morada sepulcral, corra el opaco velo de las apariencias, intérnese por un momento en los espacios invisibles, y no podrá ménos de llenarse de júbilo al ver que esta pura criatura es bastante poderosa para vencer á la misma muerte, cumpliéndose en ella la promesa que Dios anunció en el paraíso. *Ipsa conteret, etc.*

De aquí es fácil deducir una consecuencia nada equívoca; fué necesario que María estuviese en el imperio de la muerte, para que se supiese que no pusiera en sus primeros linderos su planta divina como víctima de la infanda guadaña, sino como Reina victoriosa que todo lo domina. Los tres días que trascurren desde su dulce tránsito hasta su resurrección gloriosa, son un triunfo completo sobre la muerte. Sí; las victorias de María sobre el demonio y el infierno no fueran completas sin esta circunstancia.

Hé aquí, señores, una obra propia de la mano del Omnipotente: desde que María empieza á existir, está rodeada de todo aquello que aparentemente la hace esclava del enemigo, conservándose Ella, no sólo libre de las ominosas cadenas que arrastran cuantos se le asemejan, sino siendo la que al mismo tirano sujeta y vence con virtud divina, y al concluir su existencia mortal, sucede otro tanto. Al juzgar por las exterioridades, María es una víctima de la muerte, su cuerpo exhala el último aliento, queda exánime, yerto y frío, es embalsamado como si fuera corruptible, es encerrado bajo fría losa como si temiera la infección. Pero ¡ah! ¡Cuán poco engañan estas apariencias al que mira con la irradiante luz celestial las realidades! Todo esto no es más que paliar con la debilidad de la naturaleza humana la colosal virtud divina; mientras los ojos del cuerpo se inundan en lágrimas junto al sepulcro de María, la fé del espíritu sublima á éste, conduciéndolo á un teatro de gloria y de victoria para

tan gloriosa Reina. Detengámonos en él, señores, y fijemos nuestra atención; la muerte de María es un triunfo sobre la misma muerte; hé aquí el objeto de este discurso, para cuyo desarrollo postrémonos primero ante el trono de la Divinidad, y pidamos los auxilios de aquel espíritu consolador que bajó con toda su plenitud sobre su casta Esposa, al poco que el arcángel la dijo «Dios te Salve, María, llena, etc.»

Sorprende por cierto lo que el Omnipotente hizo con María, y es tan difícil explicarlo y comprenderlo, que la misma favorecida, siendo la única entre las criaturas que pudiese entender estas obras divinas, no supo decir de ellas, en encomio de la Divinidad, más que estas palabras: «Me ha hecho grandes cosas el que es poderoso.» *Quia fecit mihi magna qui potens est.* Desde luego, al darse Dios á la humanidad en la encarnación del Verbo divino, recibiera ésta un don el más soberano que puede imaginarse. Dios se da á los hombres; pero es preciso hacer una distinción: es preciso poner en dos balanzas á toda la humanidad, de modo que María ocupe la una y los demás hijos de Adán la otra. ¡Ah! La grandeza del beneficio de la Encarnación ha ocupado la atención de diez y nueve siglos, y aún no hemos podido comprender en su totalidad este favor, ni han sido suficientes los cánticos de miles de generaciones para elogiar justamente la misericordia divina. Quédase siempre la humanidad envuelta en una santa oscuridad, y al querer concluir el himno en honor del Dios humanado, la lengua es balbuciente, y sus acentos quedan en suspensión, viéndose precisada á alabar de nuevo al que por ser infinito no puede ser justamente pagado de tanto amor como tuviera al mundo sino con acciones de gracias infinitas.

Sin embargo, preciso es confesar que el favor hecho á la humanidad en la Encarnación del Verbo, aunque es grande, pero es mayor sin comparación, relativamente á María. Porque la humanidad no recibe al Dios humanado sino como una cosa prestada, para que se haga de ella el uso conveniente. ¿Quién lo ignora? La humanidad necesitaba que un individuo tomado de su especie se ofreciera en holocausto de expiación por los pecados de todos; pero la humanidad no podía presentar una persona que reuniese cuantas circunstancias exigía una reparación de ofensas infinitas. Para que la tenga, baja el Verbo divino de la diestra del Padre, y toma carne humana. Desde que Jesús se ofrece, no hay un solo hombre que, dirigiéndose al Padre Eterno, no pueda dirigirle estas palabras: «Señor, no soy digno de mirar al cielo por la muchedumbre de mis pecados; pero ahí está el sacrificio aceptable que ofrece tu Hijo por mí; Vos me lo disteis, mío es, y yo os lo ofrezco.» ¡Ah! Nadie existe, amados míos, que no pueda decir estas palabras: Dios se nos ha dado en la Encarnación; pero ¿se dió de este modo á María? Distan casi infinitamente estas gracias; á María Dios se da como cosa propia; María tiene derecho directo de propiedad sobre Dios, porque lo concibe, porque lo engendra, y porque lo da á luz. Desde que Éste se hace su Hijo, hay entre un sér infinito y otro limitado unión de consanguinidad, y esto hace que Dios sea de María de un modo tan íntimo y tan intenso y eterno, que no puede igualársele toda la naturaleza humana que recibe el beneficio de la Encarnación: más diré aún; la naturaleza angélica en su fruición celestial no posee ni puede poseer á Dios como María. Ved si esta divina cantatriz, al entonar su inmortal himno, tuvo razón para compendiar en una sola frase todas las grandezas que obró en Ella el Eterno.

Pero no observemos tan copiosa luz; la materni-

dad de María está en tan inmediato contacto con la Divinidad, que forma con ella, digámoslo así, un mismo cuerpo, y está circuido de los mismos fulgores que impiden fijar en ella la vista con detención. Los más encumbrados Doctores de la Iglesia apenas han podido dirigirla miradas fugaces, pues los deslumbró el sol de justicia que la encubre como su propio manto. No sucede así en otras grandezas que Dios hizo en María, pues aunque todas están en relación con su maternidad divina, se encuentran como despojadas de las esplendorosas ráfagas de la Divinidad, quedando la naturaleza humana entregada á sí misma al parecer: contemplémoslas, sepamos cuáles son, comprendamos la causa por qué Dios desnuda á su Madre de los resplandores inherentes á su alta dignidad, y luego nos postraremos ante el acatamiento del Señor, y dirigiendo una mirada desdeñosa al enemigo de nuestra felicidad, le diremos con el oráculo divino: María hollará y estrellará tu cerviz, y tú acecharás en vano sus calcañares.

Es preciso comprender cuál es el fin de la creación de María, para poder entrar con paso firme en la investigación de sus grandezas; no es este un sér abstracto y aislado; tiene sus términos relativos, que nos descubren toda la excelencia de María en el punto más culminante que nos sea permitido ver, aunque no podemos comprender toda su extensión. Si la ponemos en relación con Dios, María no entra en la categoría de las criaturas sino para ser Madre del Criador; si la contemplamos relativamente á los hombres, no ve la luz sino para ser su Mediadora; mas al mirarla con relación á otra naturaleza que no es ni material, como lo es el hombre en parte, ni espiritual hasta nivelarse con el Sér divino, que esencialmente es espíritu, María no existe sino para ser su Reina. Esta naturaleza, que ni es tan alta como Dios ni tan inferior como el hombre, es la naturaleza angélica; sí, la natu-

raleza angélica de que María es Reina y Emperatriz, pero de tal modo, que al ángel humilde manda como Reina clemente y benigna, y al rebelde como triunfadora gloriosa. Bien comprendéis, señores, cuánto encierra en sí esta relación de María con los ángeles; no es posible que esta Reina empiece á existir sin tener lauros y alcanzar victorias. Si viene al mundo, ha de ser para mandar á todas las legiones celestiales, y dominar á la torva chusma de espíritus infernales.

¿No la veis entrar en el mundo cual aurora después de tempestuosa noche, ahuyentando con sus resplandores las tinieblas de la culpa que como pesado y tupido manto cubrían la tierra? ¿No la veis cómo con su ligerísimo pero esforzado calcañar holla la ominosa cerviz del dragón infernal, fijando en esta antigua serpiente una mirada más aterradora que el rayo, cuyo instantáneo fragor aterra y aniquila al inexperto viajero? Pues bien; esta entrada triunfante de María en el mundo, no es más que el primer paso de su majestuosa carrera, que contará tantos triunfos cuantos sean los momentos de su vida. Después de haberse alzado hasta lo más encumbrado de su carrera, no llegará á su término descendiendo sino en las apariencias. ¿Qué digo ascendiendo y descendiendo? Removamos las figuras; hablemos conforme á realidad; salgamos alguna vez de esta pequeñez de nuestra comprensión á que nos llevan instintivamente las apariencias; cuando el astro del día asoma su esplendente disco por las altas cumbres del Oriente, decimos que se eleva hasta lo más alto del cielo, y apenas lo ha tocado, como si allí encontrase un óbice que detuviera sus pasos de gigante, decimos que baja con la misma rápida marcha hasta trasmontar por el ocaso y desaparecer. Así hablamos, y ¡triste condición humana, atendida en este mundo á los sentidos para entender y explicar hasta la más mínima parte de la creación! así nos explicamos, no sucediendo nada de esto, por-